

# La Alianza Transpacífico en la estrategia de Estados Unidos para América Latina y el Caribe



**Luis René Fernández Tabío**

Profesor Titular e Investigador del Centro de Estudios  
Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU) de la  
Universidad de La Habana, Cuba.  
e-mail: lrfernan@cehseu.uh.cu

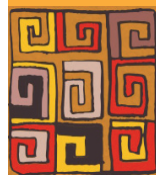


## Introducción

La Alianza Transpacífica (*Trans-Pacific Partnership*) o TPP, es un proceso de integración que desborda los límites regionales en el sentido más tradicional. El mismo pretende contribuir al establecimiento del Área de Libre Comercio de Asia-Pacífico, cualitativamente definida como “integración profunda”. Con la incorporación de Japón, los países TPP llegan a 12 miembros, y sumados representarían el 40% del PIB mundial y realizarían un tercio del comercio global. (*Office of the United States Trade Representative*. 2013). Abarca países de Asia, el Pacífico, e incluso de América con costas al mar Pacífico. Por su extendido ámbito regional se ha denominado con razón como acuerdo “megarregional”, y por el mayor alcance de las medidas de integración, respecto a los convenios de “libre comercio” precedentes, se les designa como “integración profunda”. El lugar de esta llamada alianza dentro de la estrategia perspectiva de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe es crucial, en tanto participan en la misma sus principales aliados en el Hemisferio Occidental, que a su vez ya tienen acuerdos de libre comercio y están interesados en enlazarse bajo estos mismos principios al eje más dinámico de la economía mundial para las próximas décadas: la cuenca del Pacífico.

En la práctica, las relaciones de Estados Unidos con América Latina y el Caribe se dividen no solamente por subregiones y países, sino en dos secciones principales o subsistemas: la incorporada a la Alianza Transpacífica, TPP y los países de la región que forman el bloque de la Alianza del Pacífico, (AP), países con acuerdos de libre comercio con Estados Unidos; y el resto de los países no incorporados a ninguno de estos proyectos. El TPP incluye a Chile, Perú y México; y en la AP a los anteriores se agregan Colombia y se prevé la participación de Panamá, Costa Rica y Guatemala, una vez se cumplan los compromisos pendientes, ya que uno de los requerimientos es la existencia de acuerdos de libre comercio entre los participantes.

Las formas de agrupación basadas en el libre comercio, bilaterales, subregionales y megarregionales se encuentran con frecuencia superpuestas, con procesos de integración, asociación estratégica y coordinación de política de distinto tipo, más abarcadores a nivel subregional, como UNASUR y MERCOSUR, cuyo objetivo está dirigido al desarrollo de las relaciones regionales, o que presentan un enfoque anti-hegemónico y propone una integración de nuevo tipo, como la Alianza Bolivariana para América (ALBA). Por último la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), el más reciente y a la vez el más amplio empeño latinoamericano y caribeño, pero también el más vulnerable de los procesos regionales, que busca una coordinación de política y cierto nivel de integración entre todos los



países de América Latina y el Caribe. Dado que coexisten diversas visiones económicas y políticas, si no se avanza decisivamente en la institucionalización y profundización de este empeño regional, la CELAC podría convertirse en otro foro de diálogo regional sin muchos beneficios o resultados palpables.

El bloque de integración Transpacífico, que planeaba concluir la negociación a finales del 2013, junto a otro proyecto muy importante en la reestructuración de la economía global entre Estados Unidos y la Unión Europea, completan junto al TLCAN las partes principales en la proyección estratégica de Estados Unidos en la economía y la política global para las próximas décadas. La misma se diseña también para favorecer su influencia en otras regiones, países no incluidos en tales alianzas, tanto de los llamados emergentes, como de la “periferia” del sistema financiero y económico global.

Desde una perspectiva de las relaciones internacionales, no cabe duda que este proceso de integración megarregional no solamente tiene beneficios económicos para sus participantes, sino significación geopolítica al buscar contrarrestar a las potencias emergentes y repositionar a Estados Unidos en una poderosa red de alianzas en la cuenca del Pacífico, que se espera sea el centro de gravitación del nuevo orden mundial en formación para las próximas décadas.

La estrategia de Estados Unidos en cuanto al TPP, en la cual un segmento de los países de América Latina se convierten de modo implícito en subsistema, junto al proceso de la Alianza del Pacífico -un proyecto de origen latinoamericano-, puede estimular la división en la integración regional latinoamericana y caribeña en los marcos de CELAC; UNASUR, Mercosur, CARICOM, ALBA, pero no necesariamente. Ello depende de dos aspectos interrelacionados, primero la voluntad política de los países de la región y sus gobiernos; y segundo pero no menos importante, la vitalidad y dinamismo que estas opciones muestren y su articulación en un marco de no confrontación respecto a la variante Transpacífico. El reto del esfuerzo regional latinoamericano y caribeño de integración debe tender puentes y establecer convergencias entre los distintos procesos subregionales, del Atlántico y del Pacífico (CEPAL, 2014: 111).

Desde la visión estadounidense, la base de sustentación de esta nueva estrategia de Estados Unidos en proceso de construcción, se encuentra la percepción sobre la declinación relativa en su hegemonía y el ascenso de “actores emergentes”, tanto países, como agrupaciones de estos y otros agentes internacionales de creciente significación, como es el caso de China, que ya se coloca como la segunda economía mundial. Todo ello supone para los estrategas

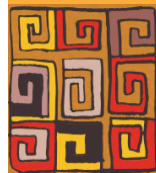
estadounidenses la búsqueda de su reposicionamiento como potencia líder en el proceso de transición del sistema mundial hacia formas cada vez más multipolares y multilaterales.

El propósito de este artículo es evaluar la significación de la Alianza Transpacífica (TPP) en la política de libre comercio de Estados Unidos en las próximas décadas del siglo XXI y su interés prioritario en vincularse a la región de Asia-Pacífico, considerada explícitamente por la Administración Obama como región “pivote”, por ser la más dinámica en la economía mundial, y sin duda de vital importancia para tratar de conservar su posición de liderazgo mundial. En ese contexto se busca dilucidar el lugar y papel de América Latina y el Caribe en esa estrategia imperialista.

Se asume que la prioridad por la región de Asia y la cuenca del Pacífico no debe interpretarse como una disminución del interés, protagonismo y hegemonía estadounidense en América Latina y el Caribe, una región considerada históricamente de interés vital en términos no solamente económicos, sino desde la perspectiva de su seguridad nacional. Ello se debe a la cercanía geográfica y las enormes riquezas naturales disponibles en ella, desde el agua, los minerales, los recursos energéticos, hasta la producción de alimentos y la biodiversidad. Lo que ocurre es que en la proyección de los estrategias estadounidenses hacia América Latina y el Caribe, no se considera que en esta región esté en juego el balance de fuerzas global o existan amenazas trascendentales para su propia seguridad en el mediano y largo plazo.

Debe advertirse la “novedad” en la visión estadounidense del “Pacífico”, la cual incluye las “costas de América” y es por ello que en su proyección estratégica hacia el área de Asia y el Pacífico, o a la cuenca del Pacífico, presente en el TPP, está de forma solapada uno de los ejes fundamentales de la política estadounidense hacia América Latina, si bien se expresa de modo indirecto.

Se introducen a los fines de establecer el marco de referencia y comparación global, otros mega proyectos de integración o alianzas económicas, que son importantes para entender de modo integral la estrategia de Estados Unidos. Tal es el caso de la Alianza del Pacífico, con una matriz más latinoamericana —con similitudes y diferencias con el TPP— y el Acuerdo Transatlántico para el libre comercio y las inversiones entre Estados Unidos y la Unión Europea (TTIP), un proyecto que intenta fortalecer la alianza geopolítica y militar desplegada y ampliada en los marcos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), con énfasis geoeconómico para vigorizar el polo occidental, en un mundo que para algunos estudios sobre el



futuro se llega a denominar como “post occidental” (*Atlantic Council*, 2012).

En ese contexto se examinan posibles escenarios y sus consecuencias para los países de América Latina y el Caribe en sus distintas posturas y proyecciones sobre los procesos de integración y coordinación de políticas en que participan.

## Antecedentes

El énfasis del “libre comercio” —la firma de acuerdos de integración económicos basados en esta orientación de política— en la estrategia de Estados Unidos en su proyección internacional y en particular hacia América Latina y el Caribe no es nueva. Se remonta a la década de 1990, e incluso desde los años ochenta del siglo pasado en sus expresiones contemporáneas, porque en un sentido más amplio, en tanto mecanismos imperialista de subordinación neocolonial, puede identificarse como un principio de su política asociado al Destino Manifiesto, los distintos esfuerzos del Panamericanismo y la necesaria extensión del sistema económico, político e ideológico estadounidense por todo el mundo, como base de sus relaciones de subordinación.

Durante la presidencia de Ronald Reagan en Estados Unidos (1981- 1988), el ascenso de políticas económicas conservadoras, neoliberales, divulgadas con éxito en las obras de Milton Friedman y la Escuela de Chicago, rechazaban el consenso liberal keynesiano imperante hasta aquellos años. Aunque en aquel momento los temas de la Guerra Fría, la confrontación Este–Oeste, el sistema bipolar de relaciones internacionales, las visiones estratégicas de “suma cero” y la seguridad nacional ocupaban un sitio principal en la agenda de política exterior estadounidense y no la problemática económica.

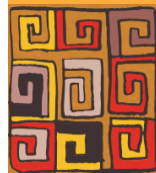
No sería hasta el llamado fin de la Guerra Fría, que la política de promover acuerdos de libre comercio, portadores de los elementos del nuevo consenso de política económica neoliberal tomaría cuerpo y alcanzaría visibilidad política, llegando a convertirse en uno de los ejes principales de la proyección externa de Estados Unidos. Se consideraban resueltos los retos de la expansión “comunista” y el avance del movimiento de liberación nacional regional. Las dictaduras militares y los gobiernos de “seguridad nacional” habían cumplido su función, y en parte con la ayuda de Estados Unidos habían logrado diezmar y desarticular, al menos temporalmente, a las fuerzas políticas anti hegemónicas y anti-imperialistas.

Es decir, los retos a la dominación política estadounidense aparentemente se habían vencido. El “caso cubano” se veía como una especie de anomalía en vías de extinción, en tanto el llamado socialismo clásico había fracasado en Europa y la Unión Soviética, haciendo desaparecer a esta última. Estados Unidos quedaba como única súper potencia hegemónica del capitalismo y como centro principal de la cultura occidental y el sistema político liberal burgués. Parecía haberse establecido un nuevo orden internacional unipolar, donde Estados Unidos se presentaba como el gran ganador.

Para los estrategias estadounidenses, solamente había que preocuparse por el avance del marco institucional y regulatorio para proteger y garantizar las relaciones económicas en un mundo globalizado y dominando por el capital financiero y las empresas transnacionales, que en el plano de las recomendaciones de política económica hacia la región de América Latina y el Caribe se presentaba en el Consenso de Washington, como una síntesis de las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) durante la crisis de la deuda externa para su renegociación.

Tales garantías fueron introducidas de modo conveniente en los acuerdos de “libre comercio”, que fortalecieron el poder de las transnacionales como agentes principales en el despliegue de la nueva etapa de la globalización capitalista neoliberal, apoyada en los avances tecnológicos en la informática y las comunicaciones. Este proceso se llevaría tanto a través de organizaciones internacionales multilaterales, como la Organización Mundial de Comercio (OMC), o mediante acuerdos regionales, subregionales y bilaterales, según las condiciones y oportunidades de cada momento.

El Presidente George H. Bush lanzó la Iniciativa de las Américas en junio de 1990 y también postuló la idea de un “nuevo orden internacional”, ajustado al balance favorable a Estados Unidos en el sistema de poder global. En realidad, el tema se concentró inicialmente en la incorporación de México al acuerdo de libre comercio existente entre Estados Unidos y Canadá. A partir de una negociación entre esos tres países, entraría en funcionamiento el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994. La razón de esa prioridad entonces, se explica por la significación que había alcanzado México en sus relaciones económicas con Estados Unidos, no solamente por el tamaño de su economía y la extensa frontera compartida, sino debido a la liberalización y desregulación unilateral de la economía mexicana en medio de sucesivos momentos de renegociación de su deuda externa a partir de 1982, se había aumentado considerablemente la importancia de las inversiones y el comercio con México para Estados Unidos.



El año 1994 también fue testigo de la presentación por el demócrata William Clinton de la propuesta de un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), dando continuidad a esa política. Ello demostraba que el libre comercio era un tema estratégico de consenso bipartidista, en que las diferencias entre los dos partidos dominantes no eran significativas. La aceptación del libre comercio como una opción por las élites políticas en los gobiernos de América Latina fue generalizada y se basaba tanto en el ascenso de la influencia de estas políticas económicas, como por el interés de mejorar el acceso al mercado de Estados Unidos luego de la incorporación de México al TLCAN, cuando ya estos países habían dado pasos de apertura unilateral.

La gran potencia y mercado estadounidense había modificado su política económica y estaba desmontando las preferencias y la ayuda económica, con excepción de la destinada a la “seguridad”, la guerra de baja intensidad y posteriormente a la “guerra contra el terrorismo”. Se presentaba para los países de la región el riesgo de quedar relativamente marginado, en un mundo cada vez más liberalizado y desregulado. En particular, países del Caribe y Centroamérica, que tenían gran dependencia del mercado estadounidense quedaban en una difícil situación si sus accesos comerciales a Estados Unidos eran desplazados. En general, los países de América Latina y el Caribe habían reducido sus aranceles y otros obstáculos al comercio, así como facilidades para estimular la inversión extranjera. La apertura económica, la privatización de importantes empresas estatales y garantías al capital foráneo, eran parte de los paquetes económicos para la reforma y estabilización a tono con las nuevas circunstancias y tendencias de política económica dominante.

El TLCAN marcó la pauta y representó el inicio de una etapa, fue el primer acuerdo de libre comercio en que participaría un país de la región con Estados Unidos. En la Cumbre de las Américas en Miami en diciembre de ese año, al presentarse la propuesta del ALCA, el optimismo sellaba el ambiente político de la Cumbre. La reversión de los movimientos revolucionarios y progresistas después de la desaparición de la Unión Soviética y el socialismo “real” de Europa del Este, así como los procesos de democratización, creaban aparentemente un contexto positivo para el avance de la política del libre comercio. Parecía un camino fácil, solamente ensombrecido coyunturalmente por el ascenso del movimiento zapatista en el Sur de México—en una de las regiones más pobres de ese país—, como una reacción pionera ante las negativas expectativas que tenían los sectores más desfavorecidos de la sociedad civil mexicana sobre lo que implicaba para ellos este tipo de acuerdo.

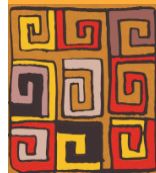


Las negociaciones del ALCA avanzaron bajo la tutela de los representantes del gobierno estadounidense, basadas en la proverbial asimetría, que ha caracterizado el patrón de dominación y hegemonía estadounidense sobre la región. El agravamiento de condiciones socioeconómicas internas como resultado de la aplicación de las políticas neoliberales, sobre frágiles economías expuestas a la competencia global sin otras condiciones, benefició a los grupos económicos transnacionales y perjudicó a las industrias medianas y pequeñas menos competitivas y no insertadas en el mercado global, agravando las contradicciones y desigualdades sociales en esos países. Se incrementó el peso de los sectores informales y por otro lado se expresó la concentración y centralización de capitales, encadenados a negocios transnacionales, aumentando las diferencias socioeconómicas internas.

El empeoramiento de la situación socioeconómica de la región se manifestó de modo sintético por la CEPAL en la llamada década perdida de 1980 y luego la media década perdida hasta alcanzar finales de los años noventa y principios del nuevo siglo, aunque con diferencias por países, lo cual no fue ajeno al desarrollo de nuevos movimientos sociales y el reagrupamiento de fuerzas políticas que fueron madurando en búsqueda de respuestas alternativas. El ascenso de estas fuerzas progresistas no tradicionales y el surgimiento de nuevos líderes dio lugar a éxitos electorales de gobiernos que, como parte de sus proyectos políticos, se opondrían en distinto grado al neoliberalismo y a los esquemas de integración tipo “libre comercio”, relanzando viejos procesos de integración con nuevos enfoques, o presentando nuevas propuestas más o menos radicales.

El auge de estas nuevas tendencias progresistas en países de gran significación en la región como Brasil, Argentina y Venezuela, descarrilaron el ALCA en la Cumbre de las Américas en Mar del Plata en el 2005. Por ello Estados Unidos de manera pragmática, continuó esa política de ir extendiendo su red de acuerdos de libre comercio con la región, pero ahora de modo bilateral y subregional.

En sentido general, estas políticas neoliberales y su consolidación e institucionalización mediante los denominados acuerdos de libre comercio —que como se sabe son mucho más que eso, en tanto abarcan las inversiones y colateralmente asuntos ambientales y del mercado de trabajo, agudizaron la polarización de la riqueza, debido a la concentración y centralización del capital transnacional en cada país y su articulación en las cadenas de producción y servicios globales. La firma de acuerdos de “libre comercio” con Estados Unidos del tipo TLCAN, o variantes, incluyen en América Latina y el Caribe además de México, a Perú, Chile, Colombia, la Asociación de



Libre Comercio de Centroamérica y República Dominicana (CAFTA-DR) y a Panamá.

Asimismo, algunos de los países que abrazaron estas políticas en la región de América Latina y el Caribe se encuentran entre los principales aliados políticos de Estados Unidos en América Latina, como son los casos de México, Colombia, Perú y Chile, a los que se agregarían más tarde Panamá, Guatemala, Honduras y Costa Rica. La firma de los acuerdos de libre comercio con Estados Unidos ha favorecido la estabilidad de sus alianzas con estos países y reducido los grados de libertad de los gobiernos, debido a los cambios en las estructuras socio clasistas y el fortalecimiento del sector transnacional dentro de la oligarquía local. Estos acuerdos han contribuido a modificar la estructura económica interna y el tipo de inserción internacional, al beneficiar a los grupos económicos con intereses económicos principales en la dinámica transnacional.

## La región de Asia – Pacífico en la estrategia de Estados Unidos a largo plazo

Después de haberse quebrado el proyecto ALCA en el 2005 y no por casualidad, en el 2007 fue lanzada la iniciativa del “Arco del Pacífico” por países latinoamericanos orientados al libre comercio y avanzados en ese camino. Este llamado Arco inicialmente incorporaba a 11 países (Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá y Perú). Se trataba de aquellos países con fuertes vínculos y en su mayor parte con acuerdos de libre comercio con Estados Unidos, con otros países de la región e incluso extra hemisféricos, pero ante el fracaso del ALCA, buscaban agruparse dentro de esa tendencia aperturista.

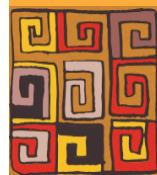
No menos importante resultó la justa percepción sobre la debilidad del dinamismo en la economía de Estados Unidos, que entraría en una gran crisis financiera y recesión a partir del 2007, la mayor después de la Segunda Guerra Mundial y luego padecería de un lento crecimiento, que se espera se extienda al menos por una década. Del otro lado se registraba el alto dinamismo de economías de Asia y sobre todo China, y la elevada demanda de productos primarios ejercida por esta, favorecía los precios de estos productos, que dejaban en claro la oportunidad derivada de asociarse a estos mercados más dinámicos dentro de la economía global. Más allá de las críticas justas de los peligros sobre la “reprimarización” de las economías de la región, sobre todo si no se emplean los ingresos presentes para una reestructuración de sus economías, o los daños de las industrias

extractivas al medio ambiente de no tomarse los cuidados requeridos, no cabe duda en cuanto a la necesidad de encadenarse a los mercados con mayores ritmos de crecimiento mundial.

Sin embargo, la propuesta del “Arco del Pacífico” también se vio limitada en su avance por las diferencias entre los participantes y fundamentalmente, por la orientación política de gobiernos en países como Ecuador y Nicaragua, que debido a la victoria de gobiernos de izquierda, con el retorno del sandinismo a Nicaragua y la victoria de Rafael Correa en Ecuador y su programa de la revolución ciudadana, buscaban otras formas más colaborativas de inserción en la economía regional. Estos países se alineaban hacia la integración propuesta por la Venezuela bolivariana presidida por el desaparecido líder revolucionario Hugo Chávez, expresada en la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA). De los 11 países inicialmente orientados al Pacífico, quedaron 4, y fueron estos los que se sumaron para formar la Alianza del Pacífico (AP): Chile, Perú, Colombia y México, a los que más tarde se propondría agregar Costa Rica y Panamá, dependiendo de la firma de acuerdos de libre comercio entre todos los participantes.

No obstante, para Estados Unidos la pieza clave es el TPP, porque allí están las dos economías de América Latina más alineadas con su estrategia, y de mayor significación como mercado y destino inversionista, en primer lugar el caso de México —integrada al TLCAN de conjunto con Canadá— y ambas constituyen el 72% del comercio de bienes con los países de ese bloque en formación, que en su totalidad absorbe el 40% del comercio total de bienes de Estados Unidos. Así, las exportaciones de bienes de Estados Unidos a los cuatro países TPP del Hemisferio Occidental en el 2012 se comportó como sigue: Canadá, 291.7 mil millones de dólares; México, 216.3; Chile 18.8; y Perú 9.3, todo en los mismos términos. (Fergusson, 2013). Ello evidencia la mayor importancia para Estados Unidos de los países en el TLCAN, respecto a los otros participantes de la región en el TPP.

Ante estas realidades económicas, Estados Unidos sin desatender a la región más cercana geográficamente y considerando que sus principales socios económicos en el Hemisferio Occidental siguen siendo los países del TLCAN, fija su prioridad estratégica en la región de Asia-Pacífico, no solamente por el creciente dinamismo y expansión en primer lugar de la economía de China, que pasa a ser la segunda economía del mundo, sino porque allí están enclavados importantes aliados y mercados significativos como Japón, Corea del Sur, Singapur, Australia y de otros países y mercados caracterizados por el alto crecimiento económico. Las economías asiáticas y en especial China, comenzaron a tener participaciones crecientes e importantes en el comercio y las inversiones en todo el mundo, sin excluir a Estados Unidos y América Latina.



Se estima que América Latina profundizará sus relaciones con Asia y en particular con China, considerando el incremento de la demanda de hidrocarburos, productos básicos y alimentos, así como las crecientes inversiones chinas en esta región —principalmente dirigidas al sector energético y la minería, aunque aún no consigan desplazar los acumulados históricos de otras fuentes, entre ellas las de Estados Unidos para el conjunto de la región (Bitar, 2011: 3-7).

La ex Secretaria de Estado, Hillary Clinton al definir las prioridades de Estados Unidos en el corto plazo, consideraba esencialmente los mismos argumentos y previsiones sobre las perspectivas en el lugar de Asia en la economía mundial. La Sra. Clinton afirmaba que debía concentrarse en las áreas de mayores oportunidades y mencionaba el “área de Asia-Pacífico”, definida “desde el sub continente Indio hasta las costas de América” (Clinton, 2012:7).

El Informe Económico del Presidente del 2013 confirma en el Capítulo 7, que Estados Unidos percibe la liberalización del comercio a nivel multilateral como interés vital para asegurar que esos mercados estén más abiertos y transparentes para las firmas estadounidenses. En tal sentido, el objetivo multilateral, plurilateral o bilateral en esa materia consiste en “establecer estándares que eventualmente configuren los estándares adoptados por el sistema global de comercio” (*Council of Economic Advisers*, 2013). La apertura de los mercados y el establecimiento de reglas beneficiosas para Estados Unidos, cumplen el propósito de crear empleos en el país, sobre todo en las manufacturas, aspecto de tremenda significación dado los relativamente altos niveles de desempleo y el compromiso político de reducir este indicador; pero el elemento estratégico a largo plazo es hacer compatible y ajustado a los mejores intereses de Estados Unidos el sistema de la economía mundial, así como consolidar esa tendencia para las próximas décadas.

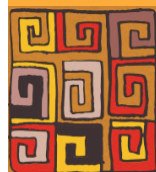
Según un informe del Servicio de Investigación del Congreso de Estados Unidos, el TPP sirve varios objetivos estratégicos de la política comercial de Estados Unidos. “En primer lugar, se trata de la iniciativa comercial fundamental de la administración Obama, que se manifiesta en el concepto de “pivote” hacia Asia. Si es concluida, serviría para configurar la arquitectura financiera de la región Asia-Pacífico, mediante la armonización de los acuerdos de libre comercio existentes con socios de Estados Unidos, atrayendo nuevos participantes y estableciendo reglas regionales y nuevas políticas en temas que enfrenta la economía mundial, probablemente dando ímpetu a futuras rondas multilaterales en el marco de la OMC” (*Congressional Research Service*, 2013).

El TPP incluye mercados tan importantes para Estados Unidos y la economía mundial como Canadá, México y Japón. De conjunto podría brindar varios beneficios no solamente económicos y geoeconómicos, sino diplomáticos, estratégicos y geopolíticos. El acuerdo de libre comercio aumentaría el acceso al dinámico mercado asiático y con ello se generarían empleos en trabajos vinculados a las exportaciones. En condiciones de economía deprimida, con lento crecimiento y relativamente alto desempleo, ello es un resultado muy relevante y forma parte de la Iniciativa exportadora de Obama. Se considera que una de las esferas importantes es la protección de los derechos intelectuales, que de ser exitoso, debe ser fortalecida con estos países. Asimismo se garantizaría la participación de las empresas estadounidenses en ese mercado con mayores garantías competitivas. (Manyin, 2012).

En el contexto de transición del sistema económico y político mundial de un mundo hegemonizado por Estados Unidos y con centro de gravitación económica occidental, a otro cuyo eje se encuentra en la región Asia-Pacífico, sin hegemonía de ningún "actor" particular y con tendencia al multipolarismo, constituye parte importante de la argumentación detrás de la decisión de incorporarse a la Alianza Transpacífico. Ello genera un especial interés sobre la proyección estadounidense en general y las consecuencias colaterales para América Latina de la prioridad en Asia-Pacífico. Desde la perspectiva geoeconómica y geopolítica de Estados Unidos, la Alianza Transpacífica es una oportunidad de insertarse en un proceso de integración profunda del que hasta ese momento al menos no forma parte la República Popular China, ni Corea del Sur, pero puede ampliarse con la participación de otros importantes aliados con beneficio para su posición en esta estratégica región. Entre sus objetivos fundamentales se encuentra tratar de "balancear" o equilibrar el avance de China como potencia, y otros países emergentes, que pueden constituir importantes desafíos a escala regional y global, si no se articulan adecuadamente las alianzas y espacios de cooperación entre los principales socios de Estados Unidos.

## **Alianza Transpacífico (TPP) y la Alianza del Pacífico (AP) en la integración regional**

La negociación del TPP surge de los países que formaron inicialmente el Acuerdo de Asociación Económico Estratégico Transpacífico, (*Trans-Pacific Strategic Economic Partnership Agreement*) integrado por Brunei, Chile, Nueva Zelandia y Singapur, también conocido



como “P4”, y entró en vigor en el 2007. Es importante señalar que este acuerdo se estableció desde el principio como “abierto”, y ello ha permitido la posibilidad de su gradual extensión a otras economías de Asia y del Pacífico, así como a otros países interesados, siempre que se cumplan los términos acordados inicialmente por las partes.

El 4 de febrero del 2008, la Oficina del Representante Comercial de Estados Unidos Office (USTR) anunció que su país deseaba participar en las negociaciones sobre inversiones y servicios financieros con los P4 para incorporarse al Acuerdo de Asociación Económico Estratégico Transpacífico, por lo que fue una decisión tomada en el último año de la administración de George W. Bush. Con posterioridad, Australia, Perú y Vietnam expresaron su decisión de integrarse a dicho Acuerdo de Asociación Transpacífico, que se encuentra en los orígenes del actual TPP.

El presidente Barack Obama anunció el 14 de noviembre de 2009, que Estados Unidos trabajaría con el grupo inicial de siete países TPP con el propósito de crear un acuerdo regional de amplia membresía y que representara los más altos estándares neoliberales de un acuerdo para el siglo XXI, otorgándole continuidad y prioridad a este proceso de integración megarregional.

Como se ha explicado, la Alianza Transpacífica, o “*Trans - Pacific Partnership*” (TPP, por sus siglas en Inglés) surge inicialmente en el 2007 como resultado de la negociación de un pequeño grupo de cuatro países con costas al Pacífico, en los que por América Latina solamente estaba la presencia de Chile, país pionero en la introducción de políticas neoliberales e impulsor de la proyección económica externa del regionalismo abierto.

Aunque con importantes coincidencias con la estrategia de Estados Unidos, superposiciones con otros acuerdos de libre comercio bilaterales, subregionales y el propio TPP, la Alianza del Pacífico es un bloque económico de integración regional latinoamericano, inicialmente formado por Chile, Perú, Colombia y México y firmado en junio de 2012, con el propósito de promover la integración económica, energética y de infraestructuras para fortalecer sus vínculos económicos con Asia. A este acuerdo se pueden ir incorporando otros con semejante orientación neoliberal, como Costa Rica y Panamá, que cumplan con los requisitos de tener acuerdos de libre comercio con los participantes en dicha Alianza. Todos los miembros, excepto Colombia son miembros del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), lo que en muchos aspectos está en el origen de tal dinámica integradora. Los requisitos políticos esenciales de democracia y “Estado de Derecho”, así como

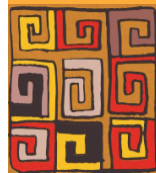
compartir el propósito de profundizar la integración basada en los principios del regionalismo abierto y el objetivo declarado de ampliar sus relaciones también con otros mercados de Asia y Pacífico.

Los cuatro países AP de conjunto significan el 34% del PIB de América Latina y serían la novena economía a nivel global. Estos países tienen de conjunto una población de 207 millones de habitantes y representan el 49% de las exportaciones de la región (Centro de Economía Internacional de Libertad y Desarrollo, 2013: 2). En el año 2011, el PIB agregado del bloque AP se calculaba en 1.9 billones de dólares estadounidenses a precios corrientes, con un per cápita en los mismo términos de \$9,200. Los flujos comerciales registraron \$1.7 billones de dólares de Estados Unidos. China y Estados Unidos acaparaban el 68% del mercado AP, pero el comercio entre los participantes es muy reducido, apenas 4.2% de su comercio. (Observatorio Económico EAGLE's, BBVA, 2012).

Los países incorporados o en proceso de integración a la Alianza del Pacífico y sobre todo los que participan en el TPP se caracterizan por tener suscritos numerosos acuerdos de libre comercio. "Chile tiene firmados TLCs y acuerdos de asociación económica con 51 países, Colombia 15 TLC que implican casi a una cincuentena de países, México 12 TLC con 44 países y Perú 17 TLC. La apertura al mundo globalizado y la búsqueda por conformar un área de libre comercio en América Latina, sumada a la libre circulación de personas y capitales, es una de las principales características de la AP" (Malanud, 2013).

Entre los nuevos candidatos en proceso de incorporación se encuentran Costa Rica y Panamá. Otros países han manifestado su interés de ser Estados Parte, como son los casos de Guatemala y Canadá, lo que ampliaría la significación económica del grupo como eje negociador con otros grupos de integración.

Resulta interesante la participación de "Observadores" y en esta categoría en la VII Cumbre presidencial, realizada el 23 de mayo del 2013 en Cali, Colombia, participaron representantes de España, Guatemala, Canadá, Uruguay, Nueva Zelanda, Austria y Japón. Ello demuestra el interés despertado por este proceso de integración de América Latina. Este grupo de países latinoamericanos con costas al Pacífico, o con marcados intereses en esta dirección, buscan integrarse para consolidarse como un polo de atracción y centro de las relaciones de América Latina con Asia-Pacífico, aumentando los flujos de comercio, inversión y articulación de cadenas productivas con esa región. El talón de Aquiles de la AP es que la relación económica entre sus miembros es sumamente débil, en tanto no existen muchas



complementariedades, si bien el peso de su comercio exterior dentro de la economía Latinoamericana supera al presentado por Mercosur, aunque en buena medida se debe al peso de la exportación de minerales y otros productos básicos o “*commodities*”.

Para algunos analistas la AP es un reto a la integración latinoamericana, dado el estancamiento que perciben en proyectos como Mercosur y UNASUR en los cuales se encuentra Brasil, la gran potencia regional emergente y el hecho de que existan dos enfoques contrapuestos e incompatibles en sentido económico y sobre todo político. La fractura de la región de América Latina y el Caribe en distintos procesos de integración, desde los más antiguos, hasta los más novedosos y con distintas orientaciones, deben determinar el proceso de integración regional en una dirección u otra y podría hacer perder la oportunidad de ir configurando una América Latina y Caribe más unida, articulada y con voz propia.

La pieza clave parece ser el curso futuro de Brasil, la principal potencia emergente en la región, y sus políticas regionales en este terreno. En ese mismo sentido, Argentina y otros países importantes, que impulsan proyectos alternativos, como el caso de Venezuela y el ALBA, pueden influenciar el resultado final. En resumen, si no se dinamizan los procesos de integración latinoamericanos y caribeños más abarcadores CELAC, y consiguen movilizar e incorporar el proceso AP, la fragmentación de la región la debilitaría y favorecería el mantenimiento de América Latina y el Caribe como una región periférica, débilmente integrada y relativamente poco relevante en la dinámica de la economía mundial del siglo XXI.

Sin embargo, al menos hasta el momento de escribir estas páginas no se ha considerado, como sucede con el proceso TPP, la incorporación de Estados Unidos, o de otros países de Asia y Pacífico al proceso AP, si bien la lista de observadores es extensa y hasta ahora incluye a países como Australia, Canadá, Ecuador, El Salvador, España, Francia, Guatemala, Honduras, Japón, Nueva Zelanda, Paraguay, Portugal y República Dominicana, e incluso Estados Unidos y MERCOSUR han manifestado su interés en participar (SELA, 2013, p. 8).

Aunque el TPP y AP parecen ser procesos perfectamente compatibles, el primero tiene mucho mayor alcance en medio de sus limitaciones al incorporar no solamente países de Asia y Pacífico, sino de América Latina e incluso a Estados Unidos y a Japón. La Alianza del Pacífico, si bien tiene notables coincidencias con la política económica externa de Estados Unidos y el hecho de que sea promovido por principales aliados que han firmado acuerdos de libre comercio con Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea en su abrumadora mayoría, hace

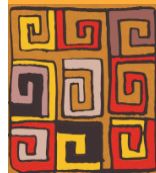


pensar en un esquema de la proyección externa estadounidense, se presenta como una propuesta latinoamericana orientada al Pacífico. Pero también se encamina a consolidar los intereses estadounidenses en la región al crear una división entre el proyecto regional latinoamericano y caribeño dentro de la CELAC, u otros subregionales como Mercosur y UNASUR, con aquellos enfocados al libre comercio como el AP.

Cualquiera sea el verdadero origen de ese proyecto de integración profunda basado en los principios del libre comercio, y la involucración de los formuladores de política exterior estadounidense, no cabe duda que el avance del mismo puede ser un reto o un incentivo para impulsar las propuestas del “Atlántico” o alternativas de carácter regional. No puede excluirse la posibilidad de tratar de aprovechar ambos procesos, cada uno con sus ventajas y limitaciones en el marco de un proceso totalmente inclusivo y diverso de integración regional de América Latina y el Caribe, que fortalezca a la región de conjunto en los marcos de la CELAC, en su condición de único foro verdaderamente de toda la región y que a la vez excluya al Norte desarrollado compuesto por Estados Unidos y Canadá.

La última posibilidad esbozada probaría ser la más ventajosa para la región latinoamericana y caribeña de conjunto, dado que se pueden producir cambios en la orientación política de los gobiernos de la región, debido precisamente al éxito o fracaso relativo de los distintos proyectos políticos, y el hecho de que pueden haber retrocesos tanto en los gobiernos de izquierda, como de derecha. No pueden excluirse cambios en importantes países de la región y ello puede alterar de manera notable el mapa de la integración regional y la perspectiva de acuerdos regionales o megaregionales como el TPP.

En definitiva, la historia demuestra que los procesos de integración, si bien encuentran determinantes económicas y son propensas a ser influidas por razones de gravitación de los mercados, compatibilidad de las estructuras económicas y la cercanía geográfica; las coincidencias de los gobiernos en los proyectos políticos y sus objetivos, determinan la existencia, desarrollo o decadencia de agrupaciones de países y proyectos de integración. Así, la no aceptación por el gobierno de Ecuador de los principios del libre comercio, debilita las posibilidades de la Alianza del Pacífico, como mismo la inclusión de Venezuela y Bolivia al Mercosur, tienden a fortalecer esos esquemas, a pesar de las contradicciones y limitaciones que puedan presentar. Del mismo modo, la ruptura de procesos revolucionarios y progresistas, como los actualmente en curso en Venezuela, Ecuador y Bolivia sea mediante golpes de Estado, elecciones, o cualquier otra forma de cambio, descarrilaría o



debilitaría los procesos de integración de nuevo tipo como el ALBA, de orientación anti hegemónicos y a favor de la independencia y fortalecimiento de la región latinoamericana y caribeña frente a todo el mundo.

Algo semejante ocurrió en América Latina debido a la no participación de Brasil y otros países de importante significación como Argentina y Venezuela en la propuesta del Área de Libre Comercio de las Américas, frustrada en la Cumbre de las Américas en Mar del Plata en el 2005. Ello se debió a la coordinación de políticas de rechazo al proyecto ALCA (liderado por Estados Unidos) por un grupo importante de gobiernos con orientación de izquierda, anti neoliberal y anti hegemónicos. En cierta medida puede considerarse que ese acontecimiento también se encuentra en el origen de la actual existencia de dos enfoques en cuanto a la integración económica en la región: uno inspirado en los proyectos de libre comercio, de matriz neoliberal y otros que no lo aceptan o se contraponen, como las alternativas de orientación socialista, no centradas en principios comerciales y de mercado, sino en la colaboración y la solidaridad y el logro de propósito de objetivos como la reducción de las diferencias socioeconómicas, las asimetrías y proteger intereses nacionales y regionales latinoamericanos y caribeños, sin ceder soberanía en el marco de esos acuerdos.

Estos acuerdos regionales de libre comercio del siglo XXI han sido objeto de críticas, que en esencia son las mismas que se realizaron a raíz de los primeros acuerdos de este tipo entre Estados Unidos con países de América Latina y el Caribe y en todo el debate realizado por los movimientos sociales progresistas contra la implantación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). La experiencia más antigua en América es México, luego de su incorporación al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) confirman las preocupaciones que se plantearon respecto al aumento de las diferencias socioeconómicas al interior del país y con respecto a los socios más desarrollados del Norte. Se destruyeron sobre todo productores agrícolas con consecuencias negativas para el medio ambiente, la cultura, la identidad de pueblos originarios y las condiciones de vida de importantes grupos sociales, al tiempo que se generaban junto a la pobreza y la falta de empleo, la concentración de la riqueza en el otro polo, el transnacionalismo y el ascenso de la violencia y el narcotráfico, que ha alcanzado niveles dramáticos y de difícil reversión.

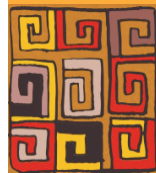
Como se ha venido presentando y ocurre en el caso del proceso de integración en América Latina y el Caribe, existen distintas pautas, orientaciones políticas y proyecciones estratégicas: la que abraza el enfoque de "libre comercio" y busca profundizarlo, como la Alianza del Pacífico y las que no aceptan esos principios de integración neoliberal

“profunda”, en temas que violentan la soberanía nacional de los países y los intereses nacionales identificados por gobiernos progresistas. A ello se suma la existencia de proyectos que desafían la hegemonía de los países imperialistas en distinto grado, buscan avanzar formas alternativas de integración ajustadas a procesos socioeconómicos con objetivos priorizados en el desarrollo sustentable, verdadera democracia con participación de todo el pueblo, justicia social, derechos humanos, soberanía e independencia de los centros imperialistas de Europa y Estados Unidos y sus transnacionales. En tal sentido se destacan los procesos de integración y coordinación política en América Latina y el Caribe, como Mercosur, UNASUR, CARICOM y sobre todo la CELAC, que por primera vez incluye a todos los países de América Latina y el Caribe y excluya a Estados Unidos y Canadá.

Dado que el TPP y la Alianza del Pacífico son procesos de integración relativamente novedosos y de gran complejidad, no cabe duda en que su futuro es incierto, tanto si se considera la región latinoamericana y caribeña, las relaciones con Estados Unidos y Canadá en el Hemisferio Occidental, como los vínculos y solapamientos que existen con otros procesos de mucho mayor alcance y complejidad, como es el caso del proceso TPP y el TTIP.

El propio avance de varios procesos de integración paralelos y con distintas superposiciones demuestra que no se trata de mecanismos de integración excluyentes, sino que puede coexistir dentro de cierto margen y competir por sus resultados. Constituye un reto para el resultado final y abre incógnitas sobre sus consecuencias, considerando además que estos propios países tienen numerosos acuerdos de libre comercio entre ellos, que complican su instrumentación, dada la existencia de proyectos regionales contradictorios y hasta antagónicos, como puede ser el caso del Alianza Bolivariana (ALBA-TP) respecto a la Alianza del Pacífico.

Los escenarios perspectivas estarán no solamente y ni siquiera principalmentedeterminadosporfactoresde índole económica, como ritmos de crecimiento, aumento de las inversiones, o la formación de cadenas productivas regionales y globales. Sin duda, el éxito de los resultados económicos es importante, pero también la distribución de la riqueza, la solución de los principales problemas sociales de la salud, la educación, la vivienda, entre otros, y en relación con estos últimos, los resultados de las luchas políticas internas dentro de cada país, y el ascenso o retroceso de los movimientos sociales progresistas y su capacidad de colocar y consolidar gobiernos portadores de sus intereses, distinguiendo entre los proyectos neoliberales y los pos-neoliberales, anti-hegemónicos y anti-imperialistas.



La natural atracción por lograr encadenamientos con la región de Asia Pacífico y sus países más dinámicos en la economía mundial no debe ser un interés exclusivo de países de América con costas al Pacífico, ni siquiera de aquellos que comulgan los enfoques del llamado regionalismo abierto. La región de América Latina y el Caribe debe buscar “engancharse” todavía más a ese polo económico caracterizado por su mayor ritmo de crecimiento en los escalones superiores del proceso de valorización de los productos y servicios más allá de los procesos AP y TPP. Ello podría llevar a la región latinoamericana y caribeña a posesionarse mejor en la economía mundial y alcanzar niveles de desarrollo superiores.

Desde la perspectiva de Estados Unidos, puede percibirse el interés estratégico en las relaciones con Asia-Pacífico, abiertamente planteado en sus formulaciones de política exterior y el propósito de establecer vínculos formales, “alianzas de libre comercio”, que puedan estimular sus menguados ritmos de crecimiento luego de la gran crisis económica y financiera en ese país en el período 2007–2009, sin que se haya podido recuperar a la altura del 2014 un más acelerado ritmo de crecimiento, ni que los niveles de desempleo sean sustancialmente inferiores al nivel máximo del 2010. Las previsiones más optimistas sobre la evolución de la economía global y en particular para Estados Unidos, plantean que esta crisis económica y su secuela depresiva, caracterizada por graves contradicciones y problemas estructurales macros y micro económicos, deben extenderse por lo menos diez años hasta aproximadamente 2017.

Oficialmente, los intereses de Estados Unidos en el TPP se expresan en que esta alianza multilateral constituye una de las más ambiciosas negociaciones comerciales, en sentido amplio, actualmente en proceso y se espera establezca normas y abra el camino en temas estancados en agendas globales en la OMC que incluyen el “libre flujo de información a través de las fronteras”, mejorar las cadenas de suministro regionales, garantizar la transparencia y la reducción de los déficit, asuntos coincidentes con las líneas principales representativas de los intereses de Estados Unidos. Asimismo se supone incorporar el tema de la “protección laboral” y el medio ambiente, no por bondad con los otros países participantes, sino para reducir los márgenes de competitividad asociados al costo de la fuerza de trabajo y a la reducción de las externalidades negativas sobre el medio ambiente. En resumen, Estados Unidos considera que la TPP puede elevar los estándares de acuerdos de libre comercio más profundos, que se constituirían en reglas y normas del sistema de la economía mundial (Biden, 2013).

Desde un punto de vista estratégico para Estados Unidos, por consideraciones geopolíticas y geoeconómicas, la única todavía

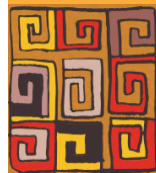
gran súper potencia global ha reconocido el desplazamiento del “pivote” de su política hacia la región Asia–Pacífico y de acuerdo a las declaraciones oficiales del Presidente de ese país, se reconoce esta realidad. La incorporación de Estados Unidos a TPP no tiene por objeto principal la articulación de sus relaciones con los países de América Latina y el Caribe, que son sus más cercanos aliados y se encuentran entrelazados con acuerdos sub regionales, bilaterales o trilaterales de “libre comercio”, sino el destino Pacífico–Asiático, donde avanza en sus posiciones de liderazgo países emergentes como China e India, que no son parte hasta ahora del TPP.

Como balance y articulación del otro eje de su estrategia geopolítica y geoeconómica, considerando su posición en la región Asia- Pacífico a través de la TPP, se ha planteado un esquema de semejante alcance y significativa importancia con la Unión Europea, que atañe tanto al futuro de las relaciones con América Latina y el Caribe en los dos espacios principales configurados: Alianza Pacífico y el resto, UNASUR, ALBA-TCP, MERCOSUR, CARICOM, pero que debería ser salvado de la fragmentación por una visión pragmática en los marcos de la CELAC.

Las proyecciones sobre las consecuencias del tratado de libre comercio entre Estados Unidos y la Unión Europea suponen efectos positivos para sus economías debido al mayor crecimiento económico en ambos lados del Atlántico. Sin duda se trata de un resultado muy importante, para paliar los efectos negativos de la última gran crisis económica y financiera, favorecer la estabilidad de la propia Unión Europea y su sistema monetario y tratar de reducir los elevados niveles de desempleo en todos estos países.

Aunque la participación de Estados Unidos en dos procesos de integración regional de semejante magnitud parecería un reto en sí mismo y podrían desatarse obstáculos y contradicciones sumergidas, que pongan en juego sus perspectivas de éxito. Asumiendo que ambos procesos, del Atlántico —el viejo centro del capitalismo y una relación todavía principal para Estados Unidos— y el del Asia Pacífico —el centro emergente de la economía global—, si bien aquí las partes integradas en nuestra región dentro del TPP no constituyen su componente decisivo.

Ello trae de nuevo el caso de China y la articulación de sus relaciones económicas con Estados Unidos. Cabe esperar que en esta situación, dado el tamaño e importancia creciente para ambos países, este asunto se negocie en el plano bilateral, o mediante otro esquema que contenga a China y a otros importantes países que pudieran mantenerse fuera del TPP. En tal escenario, la Alianza Transpacífica se podría mantener, si bien el eje principal de la gravitación económica



y política se articularía alrededor de las relaciones entre Estados Unidos y China, siendo el centro europeo más supeditado a la órbita estadounidense.

A raíz de la más reciente crisis económico financiera iniciada en el 2007, y el descenso de la economía estadounidense, un estudio de la articulación de las economías de América Latina, demostraba que había dos “clusters” de crecimiento o desarrollo y el dinamismo de los países variaba en correspondencia. Más allá de los enfoques y los divergentes resultados en cuanto a la distribución de la riqueza y otros indicadores. De un lado estaban los países más directamente insertados a la economía de Estados Unidos y los que tenían el principal eje de sus relaciones con Brasil. Siguiendo esta lógica y si se mantiene la expectativa que en Asia-Pacífico se encuentra el polo más dinámico de la economía mundial, es obvio que resulta crucial para los esquemas de integración dentro de América Latina y el Caribe sus grados de cooperación y coordinación de políticas entre ellos, así como el grado que logren articular sus economías de manera más beneficiosa con China, sin descuidar la mayor diversificación posible y la consideración de todas las oportunidades.

De ahí se puede derivar la recomendación para MERCOSUR, UNASUR, CARICOM y CELAC, que deben buscarse negociaciones con China, India y otros dinámicos mercados asiáticos para maximizar las posibilidades regionales al enlazarse con las economías de la Cuenca del Pacífico. Ello supone una visión regional integral, que tenga en cuenta las opciones que puedan derivarse mediante cadenas productivas y otras posibilidades con la Alianza del Pacífico y la TPP, para estimular un enfoque regional latinoamericano y caribeño, en lugar de profundizar la fragmentación.

## Perspectivas probables del TPP

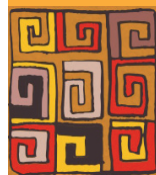
El propósito de la Asociación Transpacífico (TPP) ha sido crear una plataforma para la integración económica a lo largo de la región de Asia-Pacífico y sin duda se trata de algo bien complejo, teniendo en cuenta que sus postulados superan a los acuerdos de libre comercio precedentes. Se reconocen las tensiones que deben generar entre sus participantes, sobre todo si países como Estados Unidos y Japón, pretender mantener excepciones en productos agrícolas y otras materias, que han estado entre las causas principales del fracaso de las negociaciones multilaterales dentro de la Organización Mundial de Comercio (OMC).

Se supone, en dependencia de los resultados de las negociaciones, escenarios todavía muy inciertos, que este bloque de integración en caso de ser exitoso, podría sentar las bases para un Acuerdo de libre comercio de Asia-Pacífico (*Asia-Pacific Free Trade Agreement*), e incluso, dado el peso económico y comercial de sus participantes y el alcance de sus normas y regulaciones, constituir pautas que luego serían incorporadas a la negociación en la OMC.

Los desafíos que pueden esperarse de este proceso de integración son diversos y de gran complejidad. Sin duda, la gran pregunta es el futuro de la República Popular China, que en esta fase ni ha sido invitada, ni ha declarado interés en participar en el TPP. De hecho se ha especulado sobre interpretaciones de enfrentamientos, que no encuentran respaldo en las visiones recientes de los analistas chinos ni de su gobierno, que se ha mantenido expectante, al tiempo que participa en otras iniciativas, más ajustadas a sus intereses. Algunos analistas consideran que un proceso de integración de comercio e inversiones de tal magnitud y profundidad, que incluye a la mayor y a la tercera economía del mundo (Estados Unidos y Japón) y no participa China, constituye una clara evidencia del propósito de aislar a China. No obstante, tanto especialistas chinos como de Estados Unidos reconocen que tal visión es estrecha y no identifica primero la alta e intensa interrelación de China en esta región y el hecho de que al final, los temas de las relaciones económicas entre Estados Unidos y China se verían bilateralmente (Boris, 2013).

El resultado de la participación de China en el TPP, o en cualquier otro proceso de integración es muy relevante para los países de América Latina y el Caribe, y las negociaciones CELAC–China son un paso alentador en este sentido, debido a su creciente participación en el comercio y las inversiones con estos países. La presencia o ausencia de China en este u otro proceso de integración megaregional, puede hacer variar considerablemente el escenario futuro.

La posible contradicción se evidencia por la presencia de China en la “*Regional Comprehensive Economic Partnership*”, o Asociación Económica de Integración Regional (RCEP, por sus siglas en Inglés), siendo un proceso menos exigente en cuanto a sus objetivos, pero que abarca a todos los países de la región. No obstante, —aunque no pareciera el escenario más probable— ello no excluye la posibilidad de que China pretendiera en un futuro incorporarse en el TPP si se lo propone, realiza determinadas reformas y es aceptada unánimemente como se exige por todos los participantes actuales.



## Conclusiones

La Alianza Transpacífica constituye una de las prioridades de la proyección externa de Estados Unidos, en materia de economía y geopolítica, con una perspectiva de muy largo plazo, puesta en las mutaciones esperadas en la economía mundial para las próximas décadas del siglo XXI, que deben consolidar el papel de la región Asia-Pacífico como centro más dinámico de la economía mundial. La prioridad por la región de Asia-Pacífico en la política exterior y estrategia de Estados Unidos se complementa con otra súper-alianza de integración megarregional, basada en la profundización del libre comercio con la Unión Europea, lo que completa el lado Atlántico de su estrategia en cuanto al equilibrio geopolítico, destinada a mantener su hegemonía sobre Europa en el plano de la economía y el completamiento de lo que la OTAN ha representado en el plano de la seguridad.

Este tipo de alianzas megarregionales, que se espera sean las bases para avanzar en acuerdos de mayor alcance y profundidad que los iniciados en la década de 1990 con el TLCAN, pretenden contribuir a mantener la posición de Estados Unidos entre los principales líderes de la economía mundial, aunque su grado de hegemonía continúe su reducción gradual y se registre un ascenso de nuevas potencias precisamente en la región de Asia. La gobernabilidad mundial en los ámbitos de la producción, el comercio, las finanzas se espera desplace la gravitación geoeconómica hacia la región de Asia Pacífico, e impere un sistema de economía mundial estructurado por grandes bloques económico financieros de carácter megarregional.

La Alianza del Pacífico tiene elementos comunes con la Alianza Transpacífico, si bien la trascendencia de la segunda por su alcance y la composición de los miembros es mucho mayor. En la práctica, aunque no se ha declarado oficialmente por el gobierno de Estados Unidos, ambos sistemas de integración se complementan y son perfectamente funcionales a la estrategia estadounidense, confirmando que el "pivote", o eje central de la proyección externa de Estados Unidos a más largo plazo se ha movido a la región de Asia-Pacífico y su Cuenca. Los países de América Latina integrados en tratados de libre comercio con Estados Unidos y enfocados hacia la Cuenca del Pacífico, constituyen un subsistema donde está el eje de la prioridad imperialista en nuestra región.

La Alianza Transpacífico configura una visión geoeconómica y geopolítica de mayor alcance y trascendencia, porque incorpora a los principales, mayores y más dinámicos mercados latinoamericanos para Estados Unidos, que ya fueron reunidos en acuerdos de libre



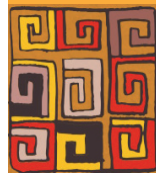
comercio precedentes. La participación de los países de América Latina en la TPP y la extensa red de acuerdos de libre comercio en los que participan, fortalece la posición de Estados Unidos en sus relaciones dentro de la región de Asia-Pacífico. Canadá y México, enlazados a Estados Unidos en el TLCAN profundizado, son un primer bloque en esa proyección megaregional.

La TPP sirve también a los intereses de Estados Unidos en su proyección estratégica hacia los países de América Latina y el Caribe, porque posee el potencial de segmentar a la subregión y en tal sentido podría erosionar los procesos que con distinta profundidad y madurez, pretenden articular a Latinoamérica y Caribe mediante foros y procesos de coordinación de política, cooperación e integración subregional y regional, como UNASUR, ALBA y CELAC.

Un escenario que divida a la región latinoamericana y caribeña aún más en bloques competitivos entre sí, disputándose la participación en la economía mundial y negociando de manera fragmentada con el resto del mundo y en particular con los grandes mega procesos de integración económica, acrecentaría las debilidades estructurales de la región en general, así como sus posibilidades de competir e insertarse en niveles superiores y mayor valor dentro de las cadena de producción y servicio global, quedando nuevamente dentro de la periferia de la economía global.

Es de esperar que ambos procesos, los dirigidos hacia la integración con Asia-Pacífico (AP y TPP), como los que buscan fortalecer la integración regional y subregional coexistan, así como con el acuerdo de libre comercio e inversiones entre Estados Unidos y la Unión Europea.

Debido a todo este solapamiento, competencia y coincidencia de diversos y a veces contrapuestos proyectos de integración, es aconsejable que los procesos integradores de matriz latinoamericana y caribeña, deben salvar las discrepancias y negociar con voz única con los grandes bloques megaregionales y las principales y más dinámicas potencias emergentes en la economía global, superando retos y aprovechando todas las oportunidades. El avance y mayor dinamismo en el desarrollo económico de la región latinoamericana y caribeña dependerá de las tendencias políticas en los países claves y la voluntad de avanzar en la integración regional, como base para la articulación con redes y procesos de integración megaregional, uno de los rasgos distintivos de la economía mundial en las próximas décadas.



## Bibliografía

- Atlantic Council, (2012) *Envisioning 2030: US Strategy for a Post Western World*, Washington DC. 57 pp.
- Biden, Joseph, P, (2013), Vicepresidente de Estados Unidos, 5 de abril, <http://www.c-spanvideo.org/clip/4414245> Recuperado: (10 abril, 2013)
- Bitar, Sergio, (2012). "Latin America and United States: Looking Toward 2020." *Inter- American Dialogue*, Washington DC, pp. 3-7.
- Boris, Joseph, (2013). "Observers Split on TPP's aim toward China. *China Daily USA*, May 29 <http://chinadaily.com.cn/> Recuperado: (14 abril, 2013).
- Centro de Economía Internacional de Libertad y Desarrollo, (2013). "Alianza del Pacífico: integración en la subregión y sus nuevas implicancias a nivel internacional". *Economía Internacional al Instante*, No. 695, 14 de febrero. ISSN 07 19-0794, p. 2.
- Clinton, Hillary, (2012). Statement of Hillary R. Clinton. Committee on Foreign Affairs. House of Representatives. "Assessing U.S. Foreign Policy Priorities Amidst Economic Challenges": *The Foreign Relation Budget for Fiscal Year 2013*: February 29, Washington DC, p. 7, <http://www.foreignaffairs.house.gov/>
- Congressional Research Service, (2013). "The Trans-Pacific Partnership Negotiations and Issues for Congress", June 17, Washington, DC, p. 2 <http://www.fas.org/sgp/crs/row/R40502.pdf> Recuperado: (7 mayo, 2013).
- Council of Economic Advisers (CEA), (2013). Economic Report of the President 2013, United States Government Printing Office. March. Washington, pp. 220.
- Fergusson, Ian F, (2013). "The Trans-Pacific Partnership Negotiations and Issues for Congress." *Congressional Research Service* (CRS), June 17, Washington, DC, pp. 10; 62.
- Malanud, Carlos, (2013) "La Cumbre de la Alianza del Pacífico." *Comentario Elcano* 36, 28 de mayo.
- Manyin, Mark E, (2012). "Pivot to the Pacific? The Obama Administration's 'Rebalancing' Toward Asia". *Congressional Research Service*. (CRS). R42448, March 28, Washington, DC. <http://www.fas.org/sgp/crs/natsec/R42448.pdf> Recuperado: (7 mayo, 2013).
- Observatorio Económico EAGLE's, BBVA, (2012). "El nuevo bloque de la Alianza del Pacífico: México y los países andinos miran hacia Asia. La nueva estrategia para el siglo XXI de México, Colombia, Perú y Chile.", 22 de agosto. Hong Kong
- Office of the United States Trade Representative, (2013), *Joint Statement of TPP Ministers*. April 20. Washington DC. <http://www.usrt.gov/about-us/press-office/press-releases/2013/april/joint-statement-tpp-mi> Recuperado: (4, febrero, 2014).
- SELA. Secretaria Permanente, (2013). "La Alianza del Pacífico en la Integración Latinoamericana y Caribeña", mayo. SP-Di No. 1- 13. Caracas, Venezuela.